

# *Introducción al Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica*

---

Desmond Mpilo Tutu

Todas las personas de Sudáfrica saben que en nuestra historia reciente encontramos algunos acontecimientos horribles –los asesinatos de Sharpsville y de Langa, la revuelta en Soweto, las bombas en Church Street, en el bar de Magoos y en el de Amanzimtoti Wimpy, las matanzas en la iglesia de St. James, en Boiopatong y Sebokeng–. También sabemos sobre las muertes bajo custodia policial de personas como Steve Biko, Neil Aggett y otras; sobre ahorcamientos y sobre la llamada violencia “negro sobre negro” en el Rand Este y en Kwa-Zulu Natal al surgir rivalidades entre el Partido de Libertad Inkatha (IFP) el Frente Democrático Unido (UDF) y después con el Congreso Nacional Africano (ANC). Nuestra nación está empapada con la sangre de sus niños de todas las razas y de todas las convicciones políticas.

Es con esta historia contemporánea –que inició en 1960 con el desastre de Sharpsville y terminó con la maravillosa toma de posesión de Nelson Mandela como el primer presidente de la República de Sudáfrica, electo de manera democrática– con la que tenemos que aprender a vivir. No podemos pretender que no sucedió. Todos coinciden en que los sudafricanos deben vivir con esta historia y su legado. El problema es la manera en que lo hacemos –tema de desacuerdos durante toda la existencia de la Comisión, hasta el momento en que se escribió este informe–. E imagino que podemos asumir que este punto en particular será un punto polémico durante mucho más tiempo.

---

Versión abreviada de la Introducción al Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, publicado por Macmillan Press en su versión electrónica, con licencia del Gobierno de Sudáfrica.  
Traducción del inglés: Rebeca Igartúa.

---

PREPARAR EL INFORME DE LA COMISIÓN DE LA VERDAD  
Y LA RECONCILIACIÓN

Una de las características únicas de la Comisión Sudafricana ha sido su naturaleza abierta y transparente. Algunas comisiones similares en otras partes del mundo se reúnen a puerta cerrada. La nuestra ha trabajado a la luz de toda la publicidad. Esto significa que parte de la información contenida en este informe ya es del dominio público. No obstante, en las siguientes páginas se incluyen algunos discernimientos.

El trabajo de la Comisión Sudafricana también fue más extenso que el de otras comisiones. La cantidad de material que pasó por nuestras manos llenará varias repisas de los archivos nacionales. Estos elementos serán útiles para estudiosos, periodistas y otras personas que analicen nuestra historia en las siguientes generaciones. Desde el punto de vista de la investigación, éste puede ser el legado más importante de la Comisión [...]

[...] Una visitante holandesa de la Comisión observó que la Comisión de la Verdad y la Reconciliación tiene que fallar. Su tarea es ciertamente muy demandante. Con todo, ella afirmó, “aun si fracasa, ya triunfó más allá de cualquier expectativa razonable”. Citó a Emily Dickinson: “La verdad debe deslumbrar de manera gradual [...] o todo el mundo estaría ciego”. Sin embargo, la Comisión no está preparada para permitir que la generación actual de sudafricanos crezca dócilmente en la cruel realidad del pasado y muchos de nosotros lloramos cuando nos confrontamos con sus verdades terribles. Por dolorosa que haya sido la experiencia, todavía estamos convencidos de que no puede haber curación sin verdad. Mi petición a todos los sudafricanos que lean este informe es que no lo usen para atacar a otros, sino que se unan a él para corregir y, por último, para participar en el proceso que guiará a la unidad nacional a través de la verdad y la reconciliación.

El pasado, como se ha dicho, es otro país. La manera en que se cuentan sus historias y la forma como se oyen cambian con los años [...]

[...] Y hemos tratado, de todas las formas posibles, de entretejer en esta verdad sobre nuestro pasado algunas lecciones importantes para el mañana de las personas de esta nación. Porque el futuro también es otro país. Y no pode-

mos hacer más que dejar a sus pies el poco conocimiento que pudimos reunir de nuestra experiencia presente.

#### OPCIONES DE TRANSICIÓN

No pudimos emprender el viaje desde un pasado marcado por el conflicto, la injusticia, la opresión y la explotación hacia una dispensación democrática caracterizada por una cultura del respeto a los derechos humanos sin enfrentarnos cara a cara con nuestra historia reciente. Nadie negó eso. Las diferencias de opinión fueron acerca de cómo manejar este pasado y de cómo vamos a intentar entenderlo.

Hubo algunos que creyeron que debíamos seguir el ejemplo de la posguerra y llevar a juicio a los culpables de violaciones graves en contra de los derechos humanos, como hicieron los aliados en Nuremberg. Estaba claro que en Sudáfrica, donde teníamos un estancamiento militar, eso era una opción imposible. Ninguno de los dos bandos en lucha (el Estado o los movimientos de liberación) había derrotado al otro y por lo tanto nadie estaba en posición de imponer la llamada justicia del vencedor.

No obstante, había razones aún más apremiantes para evitar la opción de Nuremberg. No hay duda de que los miembros de la institución encargada de la seguridad habrían arruinado el convenio negociado si hubieran pensado en que iban a sufrir el desprecio general por su implicación en las violaciones pasadas. Sin duda, en esas circunstancias no hubiéramos tenido una transición pacífica de la represión a la democracia. Debemos tener esto en cuenta cuando critiquemos las disposiciones de amnistía del acta de fundación de la Comisión. Tuvimos el lujo de poder hacer denuncias, dado que ahora cosechamos los beneficios de una dispensación democrática estable. Si el milagro del convenio negociado no hubiera ocurrido, nos habrían abatido con el baño de sangre que virtualmente todos predijeron como el final inevitable de Sudáfrica.

Otra razón por la que Nuremberg no era una opción viable fue que nuestro país no podía proporcionar los recursos en tiempo, dinero y personal que hubiera sido necesario invertir en tal operación. A juzgar por lo ocurrido en el juicio De Kock y el llamado de Malan, el rumbo de los procesos hubiera llevado

más allá de límites razonables a un sistema ya de por sí muy presionado. También hubiera sido contraproducente dedicar años a oír eventos que, por su naturaleza, despiertan sentimientos muy fuertes. Hubieran roto la calma de manera masiva y por un largo periodo.

Los juicios Malan y la indagatoria Goniwe también nos mostraron que, dado que estos procedimientos legales se basan en pruebas más allá de la duda razonable, el sistema penal de justicia no es la mejor manera de llegar a la verdad. No hay incentivos para que los perpetradores digan la verdad, y a menudo la Corte debe decidir entre la palabra de una víctima contra las pruebas de muchos perpetradores. Tales procesos legales son asimismo experiencias desoladoras para las víctimas, a las que invariablemente se somete a conainterrogatorios extensos.

En la sentencia del caso conducido por AZAPO y otros en contra de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, el juez Mahomed, entonces presidente suplente de la Corte Constitucional y ahora nuestro Jefe de Justicia, citó al juez Marvin Frankel. En su libro, *Out of the Shadows of the Night: The Struggle for International Human Rights*, el juez Frankel escribió:

La exigencia de castigar a los criminales de los derechos humanos puede presentar problemas complejos y angustiosos que no tienen una sola o sencilla solución. Mientras aún sigue el debate sobre los juicios de Nuremberg, ese episodio –juicios de criminales de guerra de una nación vencida– era sencillo en sí mismo en comparación con los temas sutiles y peligrosos que pueden dividir a un país cuando se compromete a castigar a sus propios violadores.

Una nación dividida durante un régimen represivo no emerge unida de manera repentina cuando termina el periodo de represión. Los violadores de los derechos humanos son ciudadanos compañeros que viven junto a todos los demás, y pueden ser muy poderosos y peligrosos. Si el ejército y la policía fueron los organismos del terror, ellos no se volverán de la noche a la mañana modelos de respeto por los derechos humanos. Su cantidad y su experiencia en el manejo de armas mortales son todavía factores importantes [...] Los soldados y la policía pueden esperar su oportunidad, aguardar y conspirar para regresar al poder. Pueden buscar o mantener simpatizantes entre la población sin restricciones. Si se les trata con crueldad –o si

el castigo es muy extenso— puede haber una reacción violenta que se los facilite. Pero sus víctimas no pueden sencillamente perdonar y olvidar.

Estos problemas no son sólo generalidades abstractas. Describen realidades penosas en más de una docena de países. Si, como esperamos, más naciones se liberan de regímenes de terror, surgirán más problemas similares.

Dado que las situaciones son diferentes, la naturaleza de los problemas también es distinta.

Hubo otros que insistían en que el pasado debía ser olvidado —declaraban con desenvoltura que debíamos dejar “el pasado en el pasado”—. Esta opción fue debidamente rechazada porque tal amnesia sólo lastimaría más a las víctimas al negar su terrible experiencia [...]

[...] La otra razón por la que la amnesia no es una solución es porque el pasado se rehúsa a permanecer silencioso. Tiene el extraño hábito de hacer apariciones. “Aquellos que olviden el pasado están condenados a repetirlo” son las palabras que decoran la entrada de un museo en lo que fuera el campo de concentración de Dachau. Son palabras que haríamos bien en tener siempre en mente. Aunque la experiencia haya sido muy dolorosa, no debemos permitir que las heridas del pasado supuren. Es necesario abrirlas. Deben limpiarse. Tenemos que poner bálsamo en ellas para que sanen. Esto no es obsesionarse con el pasado. Es cuidar que la historia se maneje de manera correcta por la seguridad del futuro.

En nuestro caso, tratar con el pasado significa conocer lo que sucedió. ¿Quién ordenó que esta persona debía morir? ¿Por qué ocurrió esta gran violación a los derechos humanos? También necesitamos entender el pasado para poder renovar nuestra resolución y compromiso con el fin de que estas transgresiones no vuelvan a suceder. Debemos comprender el pasado para establecer una cultura de respeto de los derechos humanos. Sólo al responder sobre el pasado podemos hacernos responsables del futuro.

Por todas estas razones, nuestra nación, a través de aquellos que negocian la transición del *apartheid* a la democracia, eligió la amnistía individual y no general. Y creemos que esta amnistía individual ha demostrado ser valiosa. Uno de los criterios que deben cumplirse antes de poder concederla es la comple-

ta revelación de la realidad. Se otorgó la libertad a cambio de la verdad. A través de estos medios fuimos capaces de descubrir mucho de lo que sucedió en el pasado. Conocemos lo ocurrido a Steve Biko, a los Tres PEBCO, a los Cuatro Cradock. Ahora sabemos quién ordenó el ataque con bomba en Church Street y quién fue el responsable de la masacre en la iglesia de St. James. Pudimos exhumar los restos de cerca de cincuenta activistas que fueron secuestrados, asesinados y enterrados en secreto.

Recuerdo con claridad cómo en una de nuestras audiencias una madre exclamó con melancolía: “¿Por favor, no podrían traer al menos uno de los huesos de mi hijo para que yo lo pueda enterrar?” Esto es algo que hemos podido hacer por algunas familias y así facilitarles el cierre de la experiencia.

Con frecuencia se descubrieron las mentiras y decepciones que estuvieron en el fondo del *apartheid* –que en realidad fueron su esencia–. Sabemos quién bombardeó Khotso House. Recordamos cómo el señor Adriaan Vlok, antiguo ministro de la Ley y el Orden, mintió de manera pública y descarada acerca de esto; cómo provocó sin vergüenza alguna la detención de Shirley Gunn y su pequeño hijo como la responsable de este acto. Debe decirse a su favor que durante su solicitud de amnistía el señor Vlok se disculpó con caballerosidad con la señora Gunn.

Así, caminamos por el sendero exhortando a nuestra gente con el preámbulo de nuestra acta de fundación, que apela a “la necesidad de entender, pero no de vengar; la necesidad de resarcir, pero no de tomar represalias, la necesidad de *ubuntu* (humanitarismo), pero no de lastimar”.

#### CRÍTICAS Y RETOS

Hubiera sido en extremo raro si algo tan radical como esta Comisión se hubiera aprobado y aceptado universalmente. Hubiera sido aún más extraño si fuéramos infalibles y no cometiéramos errores al emprender la delicada tarea de tratar de ayudar a sanar las heridas de personas muy divididas.

Algunas de las críticas en contra de la Comisión fueron legítimas. Sin embargo, hubo mucho que fue sólo búsqueda de puntuación política; algunos ignoraron los hechos para entrar en pugna con nosotros. Hubo quienes decidieron

desde el principio, mucho tiempo antes de que la Comisión hubiera empezado su trabajo, desacreditarnos al tratar de pintar a la Comisión como una cacería de brujas, en especial los *afrikaners*, clamaron que nosotros nos inclinábamos a favor de Congreso Nacional Africano y de no haber podido, al final, avanzar en el curso de la reconciliación. Este último tipo de juicio fue una maniobra inteligente para intentar, de manera preventiva, desacreditar a la Comisión y por lo tanto a este informe.

Aquellos a los que les interesa el futuro de nuestro país se preocuparon porque la concesión de amnistía podría, entre otras cosas, alentar la impunidad, pues parecería que se sacrifica la justicia. Creemos que este punto de vista es incorrecto. El solicitante de amnistía debe admitir la responsabilidad del acto por el que se busca la amnistía; de esta manera se trata el tema de la impunidad. Más aún, a excepción de las circunstancias extraordinarias, la solicitud se maneja en una audiencia abierta. Así, el solicitante debe reconocer sus actos a plena luz pública. Imaginemos lo que esto significa. A menudo esta es la primera vez en que la familia y la comunidad de un solicitante se enteran de que un hombre en apariencia decente fue, por ejemplo, un torturador insensible o un miembro de un escuadrón de muerte despiadado que asesinó a muchos adversarios del régimen anterior. Por lo tanto, sí se paga un precio. La revelación ante la gente trae como consecuencia la vergüenza pública, y en ocasiones un matrimonio puede ser una triste víctima también.

Asimismo, nos ha preocupado que muchas personas consideren sólo un aspecto de la justicia. Es indudable que la amnistía no puede ser vista como justicia si pensamos que la naturaleza de ésta es sólo retributiva y punitiva. Sin embargo, creemos que existe otro tipo de justicia –una que restituye, que no está tan interesada en el castigo sino en corregir las desproporciones, en restaurar las relaciones rotas– con curación, armonía y reconciliación. Tal justicia se enfoca en la experiencia de las víctimas; de aquí la importancia de la reparación [...]

[...] Nos dijeron que habíamos revelado nuestro aspecto verdadero al otorgar amnistía a 37 líderes del ANC. Podemos entender esta acusación cuando viene de aquellos que no están familiarizados con las leyes que hicieron posible la existencia de esta Comisión. Por insistencia del Partido Nacional, se de-

ció que el Comité de Amnistía debía ser autónomo por completo en todos los asuntos relacionados con la concesión o el rechazo de amnistía. De esta manera se impidió que la Comisión interfiriera de cualquier manera en este proceso. Tal decisión de conceder amnistía a los 37 miembros del ANC fue tomada por tres jueces a los que no se les podía acusar de ser lacayos de este Congreso.

No obstante, en la primera junta de la Comisión después de la decisión del Comité de Amnistía, nosotros acordamos por unanimidad solicitar a la Suprema Corte una revisión judicial de la decisión del Comité, que era la única vía abierta para nosotros. Luego tratamos de persuadir al ANC de llegar a un fallo por consentimiento para ahorrar tiempo y dinero. A pesar de esto, cierto partido político, con pleno conocimiento de que el asunto estaba controlado, trató de derivar capital político para apresurar su propia solicitud. Si nos inclinábamos a favor del ANC, ¿por qué tomamos esa acción?

Cuando el ANC sugirió que sus miembros no podían solicitar amnistía porque estaban implicados en una guerra justa, yo amenacé con renunciar a la Comisión. Afortunadamente, la ANC cambió de opinión, por lo que no me vi obligado a hacerlo. Debe observarse que yo no había tomado esa posición acerca de la acción de ningún otro partido. ¿Podría imaginarse el alboroto que se habría producido si la Comisión hubiera sometido a un miembro del Partido Nacional a una audiencia agotadora de nueve días como en la que estuvo la señora Madikizela-Mandela? [...]

[...] Estos ejemplos deberían ser suficientes para dejar establecido que somos políticamente independientes y que no nos inclinamos a favor de ningún partido o grupo político.

Otra crítica frecuente fue que permitimos a personas como la señora Madikizela-Mandela, al señor P. W. Botha y al doctor Wouter Basson, por decirlo de alguna manera, “salirse con la suya con el crimen”. En respuesta a esto señalamos que no somos un juzgado. Por ejemplo, la señora Mandela fue interrogada por un panel de abogados y dio las respuestas que eligió dar. Declaramos que no emitiríamos un veredicto al final de esa reunión, sino que dedujimos nuestros descubrimientos (contenidos en este informe) basados en las pruebas y en nuestra impresión del testigo.

Tanto en su caso como en el del doctor Basson, uno casi tiene la impresión de que a la gente le gustaría que forzáramos a los testigos a dar respuestas satisfactorias. Sin embargo, excepto ponerlos en un potro de tormento y torturarlos, no hay nada que alguien pueda hacer en una democracia constitucional, más allá de deducir los descubrimientos. Después de todo, aun en un juzgado no existe nada que el fiscal pueda hacer para forzar al testigo a dar respuestas adecuadas, a excepción de acusarlos de desacato. Tampoco eso hará necesariamente que se presenten los hechos.

De igual manera, en el caso del señor Botha, todo lo que pudimos hacer fue presentar una acusación criminal –lo que hicimos, con renuencia sin embargo–. Aun cuando el caso progresaba en la Corte, seguíamos en busca de una solución aceptable –tanto en beneficio de la reconciliación como porque no deseábamos verlo humillado–. Ofrecimos llevar a cabo la audiencia en una sesión secreta y proporcionarle por anticipado la lista de preguntas que le haríamos. Sólo una persona por completo prejuiciada podría acusarnos de acosar a un anciano desafortunado. Al enfrentarnos a su obstinación no tuvimos otra opción que presentar cargos en su contra. La decisión de enjuiciar la tomó de manera independiente el fiscal general. Pero así demostramos que nadie está por encima de la ley.

Otros nos censuraron porque no les pareció adecuado que el Comité de Amnistía se la concediera a algunos perpetradores –como los responsables de la matanza en la iglesia de St. James o del asesinato de Amy Biehl–. Es obvio que estas personas ya olvidaron la razón de ser de la amnistía. Ésta no es para la gente buena. Está dirigida a los violadores. Existen criterios estrictos que hay que cumplir y creemos que el Comité ha seguido esos criterios para determinar si se concede o no. La amnistía tiene un costo alto. Sin embargo, es el precio que los negociadores deben pagar para evitar una “alternativa demasiado atroz para contemplar”. Desafortunadamente, en casi todos los casos hubo alboroto cuando la víctima era blanca y el perpetrador negro. Me pregunto si la gente consideró cómo se sintió la comunidad de la “Trust Feed Farm” cuando Brian Mitchell obtuvo amnistía, dado que fueron sus órdenes mal interpretadas las que llevaron a la muerte a once personas en esa comunidad. De hecho, el Comité ha concedido sólo cerca de 150 amnistías de 7 000 solicitudes,

con 2 000 más para su estudio. Esto con dificultad se podría describir como una avalancha de decisiones precipitadas.

Me parece que algunas personas tienen la idea equivocada de que nuestro objetivo eran antiguos miembros de las fuerzas de seguridad, ya que en los medios de comunicación se les ha mencionado mucho, así como sus faltas. Esto debe en gran medida a que la mayoría de las violaciones de las que es culpable el movimiento de liberación ya eran del dominio público. La mayor parte de los perpetradores ya habían sido arrestados; a menudo condenados y en ocasiones hasta ejecutados –como en el caso de los bombarderos del bar de Mago, del bar Amanzimtoti Wimpy y de los responsables de varios ahorcamientos–. La policía de Sudáfrica solía enorgullecerse por sus éxitos en estas operaciones. Con respecto a los eventos como los “PEBCO Three” (Tres PEBCO), los “Cradock Four” (Cuatro Cradock) y otros, la policía participó en encubrimientos elaborados y efectivos. Ahora que sus atroces actos salen a la luz bajo su propio reconocimiento, la comunidad blanca en especial está consternada al descubrir que sus “muchachos” no siempre fueron un modelo de virtud, como se presentaban ellos mismos. El desengaño fue frustrante. Pero no es a la Comisión a la que debe culparse por esto. La verdad siempre ha estado ahí. Sólo había estado escondida a la mirada del público [...]

[...] Sería muy torpe y autodestructivo para la Comisión subvertir su trabajo si es algo menos que justo e imparcial. Después de todo, esto lo requiere la ley que la creó. Deseamos que nuestro trabajo sea en general aprobado. La discriminación injusta sería perjudicial para esa aceptación. Algunos de nosotros nos hemos caracterizado por una independencia que nos ha llevado a condenar el mal en donde ocurra y quienquiera que sea el criminal, y lo hemos hecho sin temor o apoyo. No podemos cambiar esta independencia crucial cuando tanto depende de ella.

Hemos tratado de llevar a cabo nuestro trabajo lo mejor que hemos podido, sin predilecciones. Sin embargo, no pueden pedirme que sea neutral con respecto al *apartheid*. Es un sistema intrínsecamente perjudicial. Pero soy imparcial en cuanto a que permitiré a un partidario del *apartheid* me diga con sinceridad qué cree que lo motivó a él o a ella, y cuáles eran sus discernimientos y perspectivas; y en verdad lo tendré en cuenta al tomar mi decisión. Creo que

algunos partidarios del *apartheid* eran genuinos al creer que ofrecía la mejor solución para las complejidades de una tierra con varias razas, con ciudadanos en niveles de desarrollo económico, social y educativo muy diferentes. No dudo que algunos simpatizantes del *apartheid* creyeran que en esas circunstancias era la mejor política para preservar su identidad, su lenguaje y su cultura, así como los de otras personas. Pienso en realidad que esas personas no tenían motivos maliciosos. Muchos creían que Dios los había llamado para ayudar a civilizar a los nativos sumidos en la ignorancia. No cuestiono ni por un solo momento la sinceridad de los que creyeron que defendían a su país y lo que entendían como sus valores cristianos occidentales, en contra de la violenta embestida del ateísmo comunista. No, no pongo sus motivos en tela de juicio. Sin embargo, sí condeno las políticas que aplicaron.

Una última palabra para los que se propusieron de manera obsesiva desacreditar y difamar a la Comisión de la Verdad y la Reconciliación [...]

[...] Me esmeré en demostrar la independencia de la Comisión y su falta de tendencia porque nos interesa que su trabajo e informe tengan la mayor aceptación posible. Esto probaría ser un ejercicio inútil si los que piensan que la mejor manera de responder a un informe que sospechan que nos les será favorable es expresarlo con ira y atacar con furia a la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, esperando así desacreditarla a ella y a su informe.

Esto sería una aproximación muy poco perspicaz –lo que se llamaría “la opción de Esaú”, el buscar una ventaja a corto plazo a costa de un beneficio a largo plazo, pero mayor–. Así, cuando la comisión declare que el *apartheid* es un crimen en contra de la humanidad, sus críticos más duros dirán: “¿Qué les dijimos? ¿Qué esperaban de una comisión tan tendenciosa llena de tipos ‘luchadores’, determinada a hacer una cacería de brujas en contra de los *afrikaners* y con inclinación obvia hacia el Congreso Nacional Africano?”

Misericordiosamente, la comunidad internacional, y no sólo el bloque comunista, ya declaró que el *apartheid* es un crimen en contra de la humanidad. En realidad, para la comunidad internacional esto ya no es un tema de debate. La comunidad cristiana del mundo declaró que la justificación teológica del *apartheid* es una herejía. Más cercano a casa, el “Nederduitse Gereformeerde Kerk” dijo que el *apartheid* es un pecado. Algunos de los jueces más antiguos

de nuestro país –que no podrían ser calificados por ninguna persona razonable como demagogos o lacayos del Congreso Nacional Africano– expresaron que el *apartheid* era una violación grave a los derechos humanos. Así, la Comisión de la Verdad y la Reconciliación es un recién llegado en esta área. De hecho, el mundo se sorprendería si la Comisión no hubiera declarado al *apartheid* como un crimen en contra de la humanidad.

Esto significa que no podemos entender la historia del periodo que se revisa a menos de que demos al *apartheid* y al racismo su lugar justo como las características que definen a esa época. La gente se asombraría si alguien que quisiera describir o entender la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial ignorara el comunismo soviético o no le diera un lugar central, de hecho esencial, en la geopolítica de ese periodo. Sabemos que las naciones se definen a sí mismas en términos de su relación con el comunismo. Eso es lo que determina la política, la economía y las relaciones exteriores de los diferentes protagonistas en el momento. Es lo que estableció la naturaleza de la etapa de la Guerra Fría. La actitud hacia el comunismo definió a nuestros aliados y a nuestros enemigos, qué tipo de protección al presupuesto era necesaria y a cuáles estados subrogados había que apoyar. Se creyó que la amenaza era tan seria que la mayor democracia occidental no encontró nada de malo en apoyar a algunas de las peores dictaduras del mundo –por ejemplo a la de Pinochet en Chile, a otras dictaduras militares en Latinoamérica y a la de Marcos en Filipinas– sólo porque se declaraban a sí mismas como anticomunistas. Estados Unidos estaba preparado para subvertir de manera democrática a gobiernos electos mediante el apoyo a disidentes internos, en sus esfuerzos por derrocar a los regímenes legítimos –como los “contras” en Nicaragua y UNITA en Angola– porque los gobiernos electos tenían influencia o eran simpatizantes del comunismo. El Occidente no parecía interesarse mucho en los registros de los derechos humanos de sus subrogados. Lo que queremos subrayar es que para entender este periodo de la Guerra Fría uno tiene que reconocer el papel fundamental del comunismo soviético.

Deseo sugerir que el *apartheid* y el racismo tuvieron una función similar, determinante en la historia de la etapa que revisamos. La enorme mayoría, si no todas, de las violaciones a los derechos humanos que se perpetraron en este periodo fueron cometidas, ya fuera por los que buscaban defender la injusta

dispensación del *apartheid* y del racismo o por los que se resistían y querían al final derrocar al sistema.

Esto no es lo mismo que decir que el racismo fue introducido en Sudáfrica por los que crearon el *apartheid*. El racismo entró a Sudáfrica en 1652; desde entonces había sido parte de los fundamentos de la sociedad sudafricana. No fueron los partidarios del *apartheid* los que dieron a este país el Acta de la Tierra que aseguraba que los indígenas de Sudáfrica desbastarían la madera y acarrearían agua para aquellos extranjeros con armamento superior. En 1948 tan sólo se vio el inicio del refinamiento y la intensificación de la represión, de la injusticia y de la explotación. No fueron los defensores del *apartheid* los que introdujeron las violaciones graves a los derechos humanos en esta tierra. Argumentaríamos que lo sucedido cuando 20 000 mujeres y niños murieron en los campos de concentración durante la guerra anglo-bóer es un gran borrón en nuestro cuaderno. En realidad, si los conceptos básicos de confesión, perdón y reconciliación son fundamentales en el mensaje de este informe, sería maravilloso si un día algún representante de la comunidad británica/inglesa les dijera a los *afrikaners*: “Les hicimos un grave daño. Les pedimos disculpas”. Y sería grandioso que la comunidad *afrikaner* le respondiera: “Sí, los perdonamos –si acaso nos permitiesen narrar nuestra historia, la historia de nuestros antepasados y el dolor que hemos sufrido en la boca del estómago durante tanto tiempo y que ha sido ignorado por ustedes”-. Como descubrimos, el relato ha sido una parte importante en el proceso de curación.

Suprimir el racismo y el *apartheid* no es gozar maliciosamente o humillar a la comunidad *afrikaner* o blanca. Es intentar decir la verdad en el amor. Es conocer el verdadero alcance de la enfermedad que ha afectado a nuestra querida patria por mucho tiempo, hacer el diagnóstico correcto y prescribir el medicamento adecuado. No deseamos ser castigados como el profeta Jeremías condenó a los sacerdotes y profetas de su tiempo (Jeremías 6:13-14):

*Pues desde el más chico al más grande,  
todos buscan su propio provecho;  
y desde el profeta hasta el sacerdote,  
todos son falsos.*

*Calman sólo a medias la aflicción de mi pueblo,  
diciendo “paz, paz”  
cuando no hay paz.*

Es darle esencia a nuestro clamor sincero que pide a los políticos dejar de derrochar nuestro futuro –la mayor tristeza que tuvimos en la Comisión fue la renuencia de los líderes blancos para exhortar a sus seguidores a responder a la extraordinaria generosidad mostrada por las víctimas–. Este rechazo hacia la Comisión, fue como escupir en la cara de las víctimas.

#### RECONCILIACIÓN

A algunos les molestó la sugerencia de que el trabajo de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación pudo haber enojado más a la gente y que hizo las relaciones raciales más difíciles, como lo indicó una encuesta reciente. Sería en extremo ingenuo imaginar que las personas no se asombraran con las atroces revelaciones que la Comisión hizo al respecto. Sería extraño que no ocurriera. Lo sorprendente es que mucha gente de este país, aquellos que forman la mayoría de las víctimas de las políticas del pasado, dijeron que la reconciliación es posible.

El problema es que hay nociones erróneas acerca de lo que es la reconciliación. No se trata de ser sociable ni de pretender que las cosas fueron diferentes. La reconciliación basada en la falsedad, o en no enfrentar la realidad, no es verdadera y no durará. Creemos que proporcionamos lo suficiente de la realidad del pasado para que exista consenso al respecto. Hay acuerdo en que ambas partes realizaron atrocidades. Sabemos que el Estado usó considerables recursos para librar una guerra en contra de algunos de sus ciudadanos. Reconocemos que la tortura y la decepción, así como los escuadrones de la muerte, estaban a la orden del día. Entendemos que los movimientos de liberación no eran modelos de virtud y que a menudo fueron responsables de incitar a la gente a comportarse de manera tal que resultaba incontrolable. Creemos que es posible, por la tasa de criminalidad actual, que estemos cosechando lo que sembramos en las campañas para hacer al país ingobernable. Sabemos que la

inmoralidad del *apartheid* ayudó a crear un clima en el que los estándares morales cayeron de manera desastrosa.

Debemos aceptar que la verdad emergió aunque al principio haya enemistado a unos con otros. La verdad puede dividir a menudo. Sin embargo, es sólo con base en la verdad como la reconciliación genuina puede darse. Ésta no es fácil, no es económica. Nos han asombrado algunos ejemplos grandiosos de reconciliación que se han producido en la Comisión. Los casos abundan en el capítulo sobre la reconciliación. Deseo hacer una súplica sincera a mis compatriotas sudafricanos blancos. En general ha sido estimulante la magnanimidad de aquellos que por derecho deberían consumirse por la amargura y el anhelo de venganza, y en cambio, repetidas veces mostraron una asombrosa generosidad y deseo de perdonar. No es fácil condonar, pero hemos visto que ocurre. Y varios de los que lo hicieron son víctimas blancas. No obstante, la mayoría de las víctimas fueron negros y me entristeció lo que pareció ser un espíritu mezquino en algunos de los líderes de la comunidad blanca. Ellos deberían decir: “Qué afortunados somos de que estas personas no deseen tratarnos como nosotros lo hicimos. Qué afortunados somos porque las cosas permanecen casi igual para nosotros excepto para los que perdieron algún poder político”.

¿Podríamos imaginar la ira provocada por la divulgación de la existencia del Programa de Guerra Química y Biológica del gobierno anterior, con proyectos dirigidos al parecer sólo a la gente negra, con los que pretendían envenenar al presidente Nelson Mandela y reducir la fertilidad de las mujeres negras? ¿No debería abatirse nuestra patria por la furia de los negros que condujera a orgías de venganza, y nos volviera una Bosnia, una Irlanda del Norte o una Sri Lanka?

Queridos compatriotas sudafricanos, por favor intenten resignarse a responder con un poco de generosidad y magnanimidad. Cuando uno se confiesa, sólo reconoce sus propios pecados, no los de otra persona. Si un marido desea reconciliarse con su esposa, no dice: “Perdóname por favor, ¡pero tú también has hecho esto y esto!” Esta no es la forma de llegar a la reconciliación. Por eso aún espero que haya un líder blanco que diga: “Tuvimos un sistema dañino con terribles consecuencias. Por favor, perdónennos”. Sin condiciones. Si eso sucediera, a todos nos sorprendería la respuesta.

## APRECIACIÓN

Fue un distinguido honor y privilegio presidir y participar en el proceso de intentar curar a un pueblo lastimado y muy dividido. Deseamos agradecer al presidente, el señor Nelson Mandela, por habernos asignado tan noble tarea. Él ha sido un notable ejemplo e inspiración para el trabajo de reconciliar a nuestra gente enemistada y polarizada.

Tenemos una gran deuda de gratitud con el Ministro de Justicia, el honorable señor Dullah Omar, que siempre ha sido muy accesible y un apoyo maravilloso para todos nosotros en la Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Fue un placer trabajar bajo los auspicios de este departamento. Él y su personal no ahorraron esfuerzos por ayudarnos.

El Departamento de Seguridad y Defensa y los Servicios Policiales de Sudáfrica proporcionaron seguridad eficaz a nuestros edificios y al personal, así como en las diferentes audiencias. Demostraron amistad y eficiencia y fueron un magnífico ejemplo del tipo de transformación que nos gustaría ver. Su amistad con el pueblo es cada vez mayor.

También deseamos expresar nuestro aprecio a otros departamentos del gobierno a nivel nacional, provincial y local.

Nuestra difícil labor lo hubiera sido aún más sin las contribuciones notables de diferentes comunidades de fe, organismos no gubernamentales y otros organismos de la sociedad civil; muchos de ellos facilitaron nuestro trabajo en diferentes niveles y formas. Nos beneficiamos con la participación de muchos voluntarios y queremos que sepan que estamos en deuda con ellos por su valiosa contribución.

Fuimos afortunados porque los medios de comunicación, tanto escrita como electrónica, nos ayudaron a llevar a la Comisión y su trabajo a todos los rincones de nuestra patria y a otros países. Agradecemos en particular la labor en radio de la South African Broadcasting Corporation, que comunicó en todos nuestros idiomas oficiales para asegurar que aun los analfabetos tuvieran la oportunidad de informarse. Deseamos mencionar también el programa especial en televisión que se transmitió los domingos en la tarde –con un resumen de los eventos realizados en la Comisión la semana anterior y un anticipo de

los de la siguiente-. No es de extrañar que estos programas de radio y televisión ganaran premios de prestigio –por los que los felicitamos-. Los medios de comunicación ayudaron a asegurar que el proceso de la Comisión fuera tan inclusivo y no elitista como fue posible.

Me honra expresar nuestra gratitud a las más de 20 000 personas que se presentaron a narrarnos sus historias –ya fuera en audiencias públicas o en el Comité de Violaciones a los Derechos Humanos o en las declaraciones grabadas por nuestro personal-. Fueron generosos en su disposición para hacerse vulnerables, para exponer heridas abiertas que tal vez estaban en proceso de curación, al compartir sus experiencias o las de sus seres queridos, que con frecuencia habían sido traumáticas, como víctimas de graves violaciones a los derechos humanos. Estamos en deuda con ellos y esperamos que el venir a la Comisión haya sido de utilidad en el restablecimiento de su dignidad humana y civil que fue pisoteada duramente en el pasado. Rogamos porque las heridas que se volvieron a abrir en este proceso se hayan purificado para que no se ulceren; porque se les haya aplicado algo de bálsamo para que sanen [...]

#### CONCLUSIÓN

El nuestro es un país extraordinario. Celebremos nuestra diversidad, nuestras diferencias. Dios nos ama como somos. Sudáfrica quiere y necesita a los *afrikaners*, a los ingleses, a las personas de color, a los indios, a los negros. Somos hermanos y hermanas en una familia –la familia de Dios, la familia humana-. Habiendo visto a la bestia del pasado a los ojos, habiendo pedido y otorgado el perdón y habiendo compensado, cerremos la puerta al pasado –no para olvidarlo sino para impedirle aprisionarnos-. Movámonos hacia el futuro glorioso de una sociedad nueva en donde la gente importe, no por características biológicas sin relevancia u otros atributos externos, sino por ser personas de valor infinito creadas a la imagen de Dios. Permitamos que la sociedad sea una nueva sociedad –más compasiva, más cuidadosa, más amable, más dada a compartir- porque dejamos “el pasado de una sociedad muy dividida caracterizada por la rivalidad, el conflicto, el sufrimiento y la injusticia nunca dichos”, y nos dirigimos hacia un futuro “fundado en el reconocimiento de los valores huma-

nos, la democracia, la coexistencia pacífica y el desarrollo de oportunidades para todos los sudafricanos, sin tener en cuenta color, raza, clase social, creencia o sexo”.

Por último, dirijo una súplica a todos nosotros, negros y blancos unidos, para que cerremos el capítulo de nuestro pasado y luchemos juntos por esta bella y bendita nación como las personas arco iris de Dios que somos.

La Comisión contribuyó a promover la unidad y la reconciliación nacional. Su realización depende de cada uno de nosotros.

Es un honor recomendarles este informe. ❀